

# CIRCO

Me gusta vivir,  
le he dicho al viento;  
y en su infinita transparencia  
me ha levantado el sombrero.

Los hombres han pasado a mi lado  
recelosos. con prisa.  
Sólo he visto, después, a una niña  
besar, llorando, los pétalos de las flores  
y a un pescador huracán de ojos desconfiados.

Yo,  
he seguido andando,  
y la música de la lluvia ha estallado de pronto,  
ha caído con fuerza sobre los campos  
y los cementerios;  
sobre las antenas de los caracoles,  
sobre las manos de los labradores,  
sobre los asustados ojos  
de los telescopios;  
hasta que el sol, rompiendo la puerta  
de papel,  
ha tomado parte en el concierto.  
He comprendido entonces la sonrisa del niño  
al mirar asombrado,  
cómo salían del sombrero del Mago  
los siete colores en el cielo.

Juan VERA GONZALEZ

# LA ESTATUA

(CUENTO)

Para Carlos Callejo y «ALCÁNTARA»



ERA posible, porque yo lo estaba viendo. Suspendido en el aire, como si se sostuviera en la luz de los reflectores: justamente en algo inasible, por la sensación total de ingravidez. Los pies sucesivos, en rapidísimos cruces como en una marcha los palillos en el rodoblar del tambor. Pero aquello no era una marcha, ni los prodigiosos movimientos del cuerpo un ritmo de palo. Ni los brazos ni las manos que franqueaban el espacio con la gracilidad de un albatros. Ese hombre nacía de la música como la llama de un leño. Se elevaba, descendía como la llama; pero él mismo era su propio viento. Aquella sonata del padre Soler me pareció brevísima, porque apenas pasados unos golpes de timbal, la danza se deshizo tal como si la ausencia de la música congelara el espacio. El teatro estalló en una ovación, y Gabriel saludó, envolviendo con el brazo en arco, al público que lo aclamaba.

Después de muchos minutos, quedé solo en la inmensa platea, y aún veía por momentos al bailarín suspendido en el asombro de aquella sonata.

—Ya es hora —oí de pronto a mis espaldas—; Gabriel nos está esperando.

Juan Valdés me tomó del brazo y emprendimos el camino sobre la roja y larguísima alfombra que nos conducía al «foyer»; desde allí salimos a un costado del edificio, buscando la entrada hacia los camarines.

Gabriel estaba sentado ante un espejo de gruesos marcos dorados, vestido con una bata azul. Se levantó a saludarme. De cerca parecía de menor estatura que cuando bailaba. Tenía los ojos negros e inquisitivos, y un gesto ligeramente fatigado. Nos hizo sentar. Se me ocurrió que debía decirle la profunda impresión que me había causado; pero no tuve tiempo. Juan Valdés comenzó a hablar dando voces como si estuviéramos sordos.

Gabriel sonreía. Estaba vistiéndose delante nuestro. Su cuerpo me sorprendió; era menudo y hasta daba la sensación que feble; pero debajo de su piel morena palpitaban los músculos que lo hacían volar a donde estuviera el soplo de la música.

—Juan, ayúdame a ponerme la corbata mientras me peino. ¿Con que éste es tu amigo sudamericano? ¿Cómo dijiste que se llamaba? Ah, ya recuerdo, te llamas Walter. Es un nombre raro en España.

Pensé que debía decirle a Gabriel que era formidable. Pero advertí que el propio Gabriel ya lo sabía:

—¿Con que te ha gustado, eh? A ver si se lo dices a tus lectores.

Juan Valdés le estaba haciendo el nudo de la corbata, de un lado a otro, por lo continua movilidad de Gabriel.

—Pero ¿es que no puedes estarte quieto?—, bramó Juan.

—¿Qué has venido a hacer a España?

—Vine a recoger material para una crónica.

—Quisiera comenzar contigo, Gabriel.

Me gustaría charlar todo un día y sacar lo mejor que pueda una historia tuya que valga la pena.

—Hecho, Walter. Mañana tengo mi última actuación de la temporada. Pasado nos vamos a Cadalso.

—¿Dónde queda eso?

—Aquí, cerca de Madrid me aclaró Juan que, por fin, había conseguido hacer el nudo de la corbata.

—Entre las cosas que tengo que hacer mientras descanso, —prosiguió Gabriel, debo terminar la restauración de un castillo del siglo XII que compré hace tres años. Allí podremos sentirnos duques.

—¿Qué dices, Juan?

—Si tengo que trabajar, no voy. La última vez que estuve en el castillo me propusiste que restaurara una almena. Y cada piedra pesaba cien kilos.

—Bien, ya encontraré algo menos cansado para ti. Ya lo sabes, Walter. Mañana te vienes al teatro con Juan, y desde aquí nos vamos en mi turismo a Cadalso. A las nueve y media. ¿De acuerdo?

—De acuerdo dije.

Hacía mucho frío en la sierra. Cuando bajamos del coche, el aire se me clavó en la cara como si fuera una espada de hielo. A la luz de la luna pude ver los altos muros del castillo. Gabriel fué a abrir las grandes puertas de roble. Juan y yo traspasamos el umbral, y nos siguió Gabriel. En seguida apareció Ramón, que estaba a cargo del medieval edificio. Nos llevó directamente a un salón, crepitante de fuego bajo la gran campana de una chimenea antiquísima. Ramón desapareció, y Juan y yo nos sentamos sin quitarnos los abrigo en robustos sillones tapizados con cuero. Gabriel llegó un instante después restregándose las manos.

—El frío es sano—dijo por todo comentario.

—¡Vaya noche que elegiste para traernos aquí—protestó Juan. Gabriel buscó en un arcón que me pareció rojizo—tal vez por el resplandor de la chimenea—unos grandes y pesados jarros de barro cocido que colocó en la pequeña mesa ante la que estábamos sentados. Y llegó Ramón con una garrafa de vino, pan, jamón y queso.

El vino era de una graduación tan alta, y tan espeso, que me parecía estar bebiendo una manta líquida. A poco hube de quitarme el abrigo, y quedé silencioso mirando estallar en chispas el tuero brillador. Curiosamente, asocié las llamas del lar con Gabriel. Y volví a verlo, subiendo por el aire de la música, como el fuego hacia la chimenea. Y el crujir de la leña parecía organizarse de pronto, e imitar el sonido de la sonata, como si un clavicordio de brasas golpeará en el silencio de la noche. Juan estaba tomando rebosantes jarros de vino y se veía que, sin demora, iba a dormirse, porque sus párpados apenas mantenían abiertos. Sentía un gran afecto por Juan, por su rudeza franca que escondía un sentimiento fraterno y profundo. Lo había conocido en el Ateneo de Madrid, cuando los dos éramos muy jóvenes. Su amistad con Gabriel venía desde una infancia común en Granada. Ahora era abogado, lo cual significaba que se dedicaba a cualquiera otra cosa.

Juan, como yo presumía, se durmió. En el castillo no había, dentro, más que el chisporrotear del fuego y, fuera, el viento de la sierra como la respiración de un vagabundo que se fatigara al correr.

Terminé mi vino. Gabriel apareció repentinamente.

—Perdonad que os haya dejado solos. Fui a ver si tenía preparados donde dormir, pues aquí solo está Ramón y no vienen huéspedes.

Gabriel se sirvió más vino y se sentó junto a mí. Se levantó de

inmediato y fué a buscar una montaña de discos que dejo en mis manos.

—Elije el que te guste — me dijo.

Comencé a mirar las carátulas hasta que encontré el Koechel 219 de Mozart.

—Este me gusta.

Gabriel lo coloco en un tocadiscos estereofonico, cuyos altavoces estaban a una gran altura sobre un frontispicio de piedra. No creo que haya muchas cosas mejores que el calor de una chimenea en invierno, un buen vino y la compañía de unos amigos (aunque uno de ellos estuviera dormido).

Gabriel miraba el fuego mientras sonaba el violín de Jascha Heifetz. A la luz de las llamas de su rostro expresaba una especie de asombro; tenía la frente fuertemente surcada; un mentón de voluntarios; unas manos largas y finas sobre las rodillas.

—No sé que sería de mí sin la música — dijo —; mi vida consiste en meterme en ella. Es como otra atmósfera en la que estoy envuelto; si me la quitaran es como si le quitaran el aire a los árboles, a los pájaros y a las flores. A veces me pregunto en qué radica eso que llamamos arte. Y pienso si no será sólo una ilusión; el poder de representar lo invisible, lo imprevisto, lo desconocido. Pero ¡qué poder tiene! ¿En qué se advierte, al fin, que uno se sienta vivo?

Gabriel, tal como yo quería y sin hacerle ninguna pregunta, me dio aquella noche el reportaje que yo buscaba y, mucho más, también sentí una gran admiración por él, por su personalidad que era una mezcla de intuición y de tradición, de instinto hondamente andaluz y de sabiduría española. Allí estaban los siglos de un pueblo dedicado al arte.

Cuando despertamos a Juan comenzaba a amanecer.

Subimos hasta una segunda planta donde se encontraban nuestras habitaciones. Nunca había dormido en un castillo. Mi habitación era altísima; los muros de piedra desnuda; la cama con un dosel de terciopelo verde. Y, frente a la cama, una inmensa chimenea, con el fuego ya mortecino. Cogí el atizador de bronce y revolví la leña. Una llama se elevó victoriosa. Danzaba, como Gabriel.

\* \*

Cuando me desperté, en medio de un gran silencio, miré mi reloj. Bajé a la sala de la noche anterior. Por las ventanas abiertas entraba un gárrulo piar de gorriones. La sala estaba desierta. Sobre

una mesa alguien había dejado preparado el desayuno. Pude oír que afuera Gabriel hablaba con Ramón. El sol entraba multicolor por una vidriera, sin duda francesa, que estaba encajada en un vano rectangular. Representaba una torneo medieval. Bebí un poco de té con leche, y luego comencé a recorrer los pasillos buscando una salida. Una armadura de acero metida en un nicho parecía señalar, con el brazo izquierdo, el camino a seguir. Llegué a un salón, en el que el sol entraba a raudales por una puerta de hierro forjado. Detrás de la puerta ví el jardín. Salí entonces a un mediodía resplandeciente. El jardín estaba construido en forma de T y me pareció el más hermoso que contemplaba en mi vida. Mejor que un pequeño Aranjuez y un suntuoso Versalles. Altos cipreses se levantaban sobre los muros blancos, como negras lanzas que buscaran el mirador de las almenas. Los mirtos boneteros formaban rombos y pentágonos en los macizos; violetas de un color ustorio dividían los senderos; un estanque ovalado resaltaba el espejo del agua, enmarcado por una platabanda de siemprevivas. Cualquier rostro allí asomado se convertía en un autorretrato. Algunos bancos de granito, y pedestales con mayólicas en forma de ánforas, terminaban de componer aquel jardín, donde la naturaleza y el arte se conjugaban en un prodigio de luz y de color. Todos los pájaros de la sierra querían cantar allí. Sentí un gozo indescriptible. Y me senté en un banco a fumar y a ver el día reverberando en cada hoja y subiendo desde el jardín por el surtidor verdinegro de los cipreses. Y, cuando volví de mi éxtasis, estaba junto a mí, no sé como, Gabriel.

—Creí que todavía no te habías levantado — me dijo. —Este jardín me ha costado años de trabajo. Pero valió la pena.

—Nunca he visto algo parecido a esto, Gabriel.

—Así y todo, aún está incompleto. Ven.

Caminamos hasta el estanque.

—Aquí — y Gabriel me señaló uno de los arcos del estanque — tengo que colocar una estatua. La más hermosa de todas las estatuas. Y entonces ya dejaré mi jardín para siempre.

—Supongo que debe ser un estatua muy especial — comenté.

—La he ido buscando por todo el mundo, y no hay lugar donde baile, donde no sepan que busco una estatua.

—¿Y como la quieres?, pregunté.

—No sé, no puedo imaginarla; tengo que verla. Y cuando la vea ya sabré que éste es su lugar.

—Creo que sí. Aquí hay un lugar exacto para una estatua.

Gabriel era feliz. Su castillo se fue construyendo con un duro

trabajo y una ilusión infinita; y estaba encantado como un cuento de Hoffmann.

- Aquí vivirá cuando me retire; para eso lo tengo.

- Tendrán que pasar muchos años - dije.

Juan Valdés irrumpió de pronto en el jardín; venía comiendo un bocadillo y bebiendo vino directamente de una botella.

- ¡Qué par de duendes sois vosotros! ¡Os estuve buscando toda la mañana! ¡Qué vida me daís!

Gabriel y yo sonreímos.

\* \* \*

Regresé a Buenos Aires con tristeza. Con nostalgia de España y con el recuerdo de Juan y Gabriel, cuya amistad me acompañaba siempre. Comencé a recibir postales y cartas. Llegaban desde Nueva York, Chicago, Méjico, Yugoslavia, Rusia... en un periplo cada más grande. E imaginaba que su arte causaría, aunque se tratase de públicos tan diferentes, un efecto único. Todos querían verlo volar en aquella sonata del padre Soler...

«No tengo mucho tiempo para escribirte. Creo que después de bailar en Moscú regresaré a España. Hace ocho meses que estoy en giro. Ocho meses que no veo mi castillo ni mi jardín. ¿Como estará aquello? ¿Como estás tu? ¿Qué haces? En una próxima temporada iré a Sudamérica. Espero que estés allí. *Gabriel*».

Pero yo no sabía si estaría mucho «allí», porque un corresponsal de prensa nunca sabe donde despertará 24 horas después.

Pasó un año, y en un lapso de ese año estuve cerca de España. en Africa, averiguando por qué un general benemérito había dado un golpe de estado para derrocar a otro general benemérito. Gabriel estaba muy lejos de su tierra: en Australia. Volví al Río de la Plata. Y una noche en que había entrado a la redacción del periódico, al pasar por la sala de teletipos, me llamó Luisa, que estaba encargada de las noticias extranjeras.

- Oye, aquí hay una noticia que te interesa - me dijo, y me dejó la tira del teletipo en las manos. Cuando me senté ante mi escritorio, lei:

«El famoso bailarín español, Gabriel Velázquez, poco después de su actuación en el teatro Opera de París,

y cuando conducía su coche por el bulevar des Capucines, en circunstancias que en el momento de escribir esta crónica se desconocen, chocó violentamente contra un turismo...

Salté nerviosamente el párrafo:

«...gravemente herido fue recogido por una ambulancia e internado en el Hospital Hôtel Dieu ..»

Me levanté de la silla y sentí que un sudor frío me helaba la frente. Apenas pude decirle al jefe de redacción que me iba a casa porque me encontraba enfermo.

- A ver si te trajiste la malaria - me dijo.

Salí y cogí un taxi. Pero a mitad del camino a casa, decidí bajar a tomar un café en La Fragata. Allí mismo comencé a escribirle a Juan Valdés rogándole me enviara lo más urgentemente posible noticias sobre el estado de Gabriel. Llamar a París no tenía sentido, porque en los Hospitales nunca dicen nada.

Después de escribir la carta me sentí más tranquilo. No quería imaginar las consecuencias que pudiera tener ese accidente. Me fuí a casa y pasé una noche en que las pesadillas se sucedían como monstruos de Goya.

A los pocos días recibí contestación de Juan. Estaba hecho polvo. Me decía no saber más que lo que habían publicado los periódicos. Que lo de Gabriel era grave. Y que cuando yo recibiera la carta él estaría ya en París para informarse. Fué la última carta que recibí de Juan.

Pasaron seis meses del accidente. Los periódicos no dieron más noticias de Gabriel, y en todo ese tiempo ya estaría recuperado.

En tanto, recibí orden de ir a Egipto, donde la tensión entre árabes y judíos estaba a punto de estallar. Pero no estallaba. Informé cuanto pude y avisé que regresaría, vía Madrid, a Buenos Aires.

Cuando a la mañana llegué a Barajas, dí al taxista las señas de Juan. En casa de Juan la portera me dijo que no sabía dónde estaba. Entonces decidí ir a Cadalso en el taxi.

Llegué a mediodía. Sobre las almenas del castillo los cipreses parecían más altos.

Golpeé con la aldaba la gran puerta de roble. Ramón vino a abrirme. Me reconoció; pero me miró con un gesto de asombro. Pregunté si estaba Gabriel. Incluyó la cabeza en gesto afirmativo, y me invitó a pasar.

Con un paso cansino me acompañó por las salas y corredores del castillo, hasta la puerta de hierro que daba al jardín.

—Allí está— me dijo.

Salí al jardín. Y allí estaba. Sentado en una silla de ruedas. Inmóvil.

Comenzó a dolerme el estómago. Dije. —Gabriel—, con una voz que se me quebraba en el aire. Me paré delante de él; pero su mirada estaba fija en algo distante e incomprensible. No me oyó y ni siquiera sabía quién le hablaba. Sentí por mis mejillas el rodar de las lágrimas.

Gabriel estaba, exactamente, en el lugar destinado a la estatua que había soñado siempre.

**Hugo Emilio PEDEMONTE**

## IN MEMORIAM

*Al Excmo. Sr. D. Miguel Muñoz de San Pedro, Conde de Canilleros y de San Miguel insigne historiador extremeño, en el aniversario de su muerte.*

Escuchó la llamada de la historia;  
transido de su amor a Extremadura  
tomó por ideal de su andadura  
el buscar por doquier su mayor gloria.

Con su pluma brillante y su oratoria  
sus fueros le defiende con bravura;  
se destaca señera su figura  
y hacer supo perpetua su memoria.

Los excelsos valores de la raza,  
que con saber profundo conociera,  
él exaltó con máximos empeños

y consiguió con admirable traza  
que en el alma el orgullo renaciera  
de llamarnos, sentirnos Extremeños.

**Eliás SERRADILLA VEGAS**